

La acumulación de toda la vergüenza

J. M. Coetzee

La edad de hierro

Javier Calvo (trad.), Mondadori, Barcelona, 2002, 224 págs.

Isaac García Venegas

"No soy un heraldo de mi comunidad ni nada parecido. Tan sólo soy alguien que vislumbra la libertad (como cualquier prisionero lo hace) y construye representaciones de personas que sacuden sus cadenas y voltean su cara hacia la luz", declaró alguna vez J. M. Coetzee (Ciudad de El Cabo, Sudáfrica, 1940).

Sin embargo, no cualquier persona proviene de una realidad tan terrible como el *apartheid* sudafricano, ni tampoco cualquiera —sobre todo si es blanco— la escudriña y piensa en ella con paciencia y profundidad, ni mucho menos cualquiera hace un uso tan espléndido de la lengua para iluminar lo inicuo de ella. La tentación de ver a un heraldo en el que se conjugan estas características es muy fuerte, y se incrementa cuando temas como los de la frontera entre la civilización y la barbarie, el frágil equilibrio de un sistema que concibe la separación y la jerarquía racial como naturales y el futuro posible ante la desaparición de esos ignominiosos referentes, se aluden de manera directa o indirecta en sus obras. Pero es cierto, Coetzee no es un heraldo de su comunidad. Verlo así, además de engañoso, sería como acotarlo y limitarlo con maña. Es, eso sí, la voz magistral de quien ha vivido y vive un mundo aberrante.

La edad de hierro es un ejemplo de esa voz. A través de una carta muy larga, que en realidad se convierte en un diario, la señora Curren escribe a su hija, residente en América, acerca de lo que vive y ve en Sudáfrica. Esta explosión de la palabra se origina cuando el doctor le comunica que el cáncer invade su cuerpo irremediablemente. "La acumulación de toda la vergüenza que he sufrido me ha provocado el cáncer. Así es como empieza el cáncer: el cuerpo se vuelve maligno de tanto sentir asco de sí mismo y empieza a roerse a sí mismo." Es precisamente esta enfermedad la que le permite darse cuenta de que su país también vive con un cáncer que crece en su interior y que también está conformado de asco y vergüenza acumulados.

La salud de un sistema se sostiene férrea y desesperadamente por medio de la negación de su enfermedad. Los noticieros sudafricanos son para el país lo que la droga para la señora Curren: paliativos que tranquilizan, que permiten ignorar la destrucción interna. Pero la diferencia entre unos y otra es fundamental: para ella significa la posibilidad de darse cuenta, mientras que para el país significa la mentira que a fuerza de repetición quiere convertirse en verdad. Por primera vez la seño-

ra Curren observa, desde su propia desesperanza, lo que solamente presentía y lo que el sistema desea ocultar: revueltas, asesinatos, desalojos. En suma, una violencia permanente ejercida tanto por los detentadores del poder como por quienes desean sacudirse el yugo: si la policía arresta y mata a negros, los niños negros patean y vapsean a vagabundos blancos. Tal es el rostro de la edad de hierro.

Es precisamente a esta violencia a la que la señora Curren se quiere resistir: "No quiero morir —dice a su hija— en el estado en que me encuentro, en un estado de fealdad. Quiero que me salven. ¿Cómo puedo salvarme? Haciendo lo que no quiero hacer". Lo que no quiere hacer es ser caritativa con el vagabundo Vercueil, defenderlo y procurarlo; ni preocuparse y ocuparse de la señora que le ayuda en casa: Florence, su hijo y sus amigos, todos involucrados en revueltas contra el sistema; ni reclamar amor a su hija por medio de una carta y ofrecer amor a desconocidos para recuperar el sentido de humanidad; ni ver ese cáncer que crece como bola de nieve en su entorno. Pero justo porque no lo quiere hacer, lo hace. Busca una redención que en una edad articulada en torno a la violencia no sólo parece absurda sino inútil.

La señora Curren morirá pronto, lo sabe cuando escribe la última línea de su carta, pero no sabe lo que sucederá con su país. ¿Acabará la edad de hierro? ¿Durará mucho esa realidad en la que todo es su contrario (civilización, barbarie; solidaridad, violencia; amor, sacrificio; vida, muerte; futuro, pasado repetido; niños, adultos; adultos, niños indefensos)? ¿Cuál será el destino de toda esa violencia? ¿Habría redención para los que ejercen y sufren la violencia? Son preguntas que la carta de la señora Curren deja en el aire, preguntas que tal vez la destinataria de su carta se niegue a responder por imposibilidad. Preguntas que Coetzee hace al lector y que tampoco puede contestar porque tal vez aquella edad de hierro sudafricana fue, ha sido, el anuncio de otra edad de hierro mundial. La luz todavía no se deja ver. ■